

La ideología mestizante, el guadalupanismo y sus repercusiones sociales. Una revisión crítica de la "identidad nacional"

Glockner, Julio

2015-03-20

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/723>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

... Los autores hacen un interesante repaso de las ideas liberales y nacionalistas del siglo XIX...



La IDEOLOGÍA MESTIZANTE, el guadalupanismo y sus repercusiones sociales

Una revisión crítica de la "Identidad nacional"

UIA Puebla/BUAP-ICSyH, 2011. Texto leído el 1 de marzo de 2012, en la presentación del libro.

Julio Glockner

Investigador del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

El libro escrito por Maru Sánchez Díaz de Rivera y Jorge Gómez Izquierdo es imprescindible para comprender, con toda claridad, de qué está hecha la historia de México. Se trata de un texto desmitificador que tiene el mérito de decir en voz alta verdades que generalmente son silenciadas, o que circulan como susurros en el ámbito académico que procura las versiones oficialistas de la historia patria. Es un texto que se alza por encima del simple dato historiográfico para mostrar, una y otra vez, la lógica racista que ha predominado en muchas de las grandes decisiones que han definido las políticas públicas en nuestro país.

El libro es la genealogía de una sensibilidad y una praxis racista de las élites en el poder, que a través de lo que los autores llaman una ideología mestizante, han sabido construir un discurso discriminatorio, entretejido en el discurso de la identidad nacional, en su persistente voluntad por construir una nación mexicana acorde a sus intereses.



Jorge Gómez Izquierdo y María Eugenia Sánchez Díaz de Rivera, *La ideología mestizante, el guadalupanismo y sus repercusiones sociales*, Universidad Iberoamericana Puebla/ Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades BUAP, 2011, 140 páginas.

A diferencia de la estratificación en castas del régimen colonial, que consideraba el mestizaje como un proceso denigratorio que enturbiaba la sangre, la inteligencia y el buen sentido de la población europea o criolla a medida en que se mezclaba con los indígenas o con los negros traídos de África, a partir del proceso de independencia el concepto de mestizo deja de ser una categoría racial inferiorizada para pasar a ser un concepto que designa a un sujeto redentor de la nación.

Escriben los autores:

En el México independiente y postrevolucionario el afán y la necesidad de construir una nación moderna, de acuerdo al modelo europeo y norteamericano, y sometida al expansionismo del capitalismo industrial, llevaron a las élites de los siglos XIX y XX a buscar los medios de integrar a la población, que era en su mayoría indígena, de manera que pudieran deshacerse de una cultura considerada gloriosa en el pasado, pero inferior en el presente. La ideología mestizante fue la construcción simbólica elegida que permitía elogiar a las culturas prehispánicas y disolver al indio del presente, y que permitía particularizarse respecto a las otras naciones. Esa ideología, supuestamente anti-racista, que se orientaba al nacimiento de la raza cósmica y del verdadero mexicano, suponía el blanqueamiento biológico y profundizaba el colonialismo mental de la población. Las consecuencias se expresaron en una "identidad nacional" con rasgos autodenigratorios, machistas y racistas [127].

La tarea que se plantearon entonces, Maru Sánchez y Jorge Gómez, fue la deconstrucción de la llamada identidad nacional que está sustentada en la categoría de mestizaje, en sus vertientes secular y religiosa, de ahí que aborden simultáneamente el tema de la Virgen de Guadalupe como mito fundador de la nación mexicana, analizando su función como Virgen india durante la conquista, criolla durante la Independencia, mestiza durante el liberalismo e incluso como Virgen migrante e indocumentada o Virgen zapatista en la rebelión de Chiapas.

La tarea de deconstruir la identidad nacional para analizar sus componentes, para saber de qué está hecha, tiene como propósito —declaran los autores— buscar nuevos enfoques y herramientas que permitan elucidar otros referentes de cohesión social, que favorezcan formas de relación humana en las que sea posible una igualdad sin homogeneización y la existencia de diferencias sin discriminación. La lectura del libro puede ayudarnos, efectivamente, a orientarnos en esta búsqueda, porque nos demuestra por donde no debemos conducirnos, lo que ya constituye un enorme mérito, pero la exploración de nuevas alternativas queda en suspenso en el texto, que, sin embargo, indica un rumbo plural y democrático a seguir. A esto volveré más adelante.

Los autores nos muestran cómo con el movimiento de Independencia el concepto "mestizo" pasa a ser el sustento de la identificación nacionalista en México, pero se trata, nos dicen, de una identidad nacional-racista, en este caso dirigida contra su propia población. La mestizofilia de las élites resalta las virtudes del mestizaje como única vía para blanquear, biológica y culturalmente a la población india. Se propicia entonces, a lo largo del siglo XIX y principios del XX, la inmigración de población europea que coadyuve a realizar esta monumental y redentora tarea. La mestizofilia no es una argumentación exclusivamente racial sino que está sustentada en lo que a los ojos de las élites blanqueadoras —como las llaman los autores— son evidencias de progreso y desarrollo: la industria capitalista y las relaciones salariales en lugar de la economía de autoconsumo y el trabajo familiar no remunerado; el desarrollo tecnológico que impulsa una permanente modernización y no el estancamiento técnico secularmente repetitivo de la economía campesina; los hábitos de consumo urbano que generan nuevas y siempre cambiantes formas de vida vinculadas a los modelos internacionales y no las dietas, vestimentas y habitaciones tradicionales propias de las comunidades rurales; la evangelización católica o protestante y no la religiosidad de origen mesoamericano, que tiene un fuerte tufo a magia y superstición; la alfabetización y no la tradición oral, el castellano y no las lenguas indígenas "que nadie entiende", como decía torpemente Francisco Pimentel... en una palabra, la occidentalización moderna y siempre renovada y no la milenaria tradición indígena. La tarea que se plantean los liberales de ayer y hoy consiste, pues, en desindianizar a la población indígena y campesina. No es otro el objetivo que persigue, por ejemplo, el proyecto de ciudades rurales planteado por el señorito que tenemos de gobernador. Pero el problema no se detiene ahí, el asunto es que esa ideología occidentalizante se ha interiorizado a tal grado en la población, que vivimos en un país en que la gente trata de denigrarse, en serio o en broma, llamándose indios y nacos unos a otros. El problema es que esta figura racista está ya tan incrustada en la subjetividad nacional que cada cual hace un esfuerzo por desindianizarse a sí mismo.

Porque el propósito blanqueador de las élites no sólo compete a ellas, sino a quienes han creído —y han sido y son millones— en la conveniencia de blanquearse a sí mismos para encontrar una mejor posición en la vida y mejores oportunidades de ascenso social. La idea de que el progreso por la vía occidental implica un mejoramiento en la calidad de vida está metida hasta la médula en la inmensa mayoría de la población urbana y rural.

La metáfora del blanqueamiento requiere ser matizada para el siglo XIX en nuestro país, pues aunque la inmigración europea cambió el perfil y la composición demográfica de todo el continente americano, sobre todo de Estados Unidos, que pasaron de 6 a 76 millones de habitantes en aquel siglo, en México no fue tan significativa como en otros países de América Latina, sin que esto signifique que no tuvieran peso los prejuicios y valores occidentales.

Los autores hacen un interesante repaso de las ideas liberales y nacionalistas del siglo XIX, examinando algunas de las principales tesis de Clavijero, José María Luis Mora, Francisco Pimentel y Ricardo García Granados, quien, en el contexto ideológico de la revaloración del mestizaje, exaltaba las cualidades físicas de los mestizos mexicanos, destacando su capacidad de carga y aguante, del mismo modo que el tonto de Vicente Fox lo haría un siglo después, cuando en Estados Unidos exaltó la capacidad de trabajo de los mexicanos, diciendo que realizaban labores que “ni los negros querían hacer”.

Una excepción en esta línea de pensamiento fue Andrés Molina Enríquez, para quien el “mestizaje bueno” no era el que conducía al blanqueamiento, sino el que provenía de la sangre original indígena. En el libro se revisan también las tesis que surgieron del darwinismo social de Spencer, reformuladas singularmente en México por Vicente Riva Palacio, quien para exaltar una supuesta superioridad física de la población indígena, argumentaba la falta de pelo en el cuerpo, la musculatura de las piernas y la perfección de la dentadura en la que los colmillos se habían convertido en muelas y habían desaparecido las del juicio.

El darwinismo social en realidad propició un racismo de Estado a principios del siglo XX, en el cual asumió como política nacional el control sobre los patrimonios genéticos de la sociedad y su defensa ante posibles agentes de la degeneración. Simultáneamente a este racismo biológico se produjo una discriminación gastronómica en la que se enaltecieron las cualidades del trigo, de origen europeo, frente a las supuestas deficiencias de los otros dos cereales: el arroz, de origen oriental, y el maíz americano. Hay que recordar que en los 20 banquetes porfiristas que se organizaron en 1910 para conmemorar el centenario de la Independencia no se sirvió un solo plato o bebida mexicana, pues se consideraba de mal gusto plebeyo colocar una tortilla o un vaso de pulque en la mesa. Todo fue, naturalmente, comida y vinos franceses.

El indigenismo que surgió con la Revolución cambió algunos aspectos de la argumentación en los proyectos por “mejorar la raza mexicana”. Se substituyó la vieja ortodoxia racista porfiriana, sustentada en el darwinismo spenceriano, por una antropología indigenista integracionista. Es decir, sólo se cambió el ángulo desde el cual se pretendía eliminar al indio. En el repaso que hacen Jorge y Maru de la literatura indigenista hay una ausencia que lamento porque deja la impresión de que no hubo una crítica al indigenismo desde la propia antropología, me refiero al libro colectivo *De eso que llaman antropología mexicana*, escrito por Arturo Warman, Guillermo Bonfil, Margarita Nolasco, Mercedes Olivera y Enrique Valencia, publicado en 1970.

Los autores tienen bien localizado el punto de arranque de la política indigenista, que está sintetizada en una frase que Lázaro Cárdenas pronunció en el célebre Congreso de Pátzcuaro en 1940. Con esta frase señaló de una vez el rumbo que se seguiría durante el resto del siglo XX: “Nuestra postura indígena —dijo Cárdenas— no está en conservar indio al indio, no está en indigenizar a México, sino en mexicanizar al indio”.

Esta condena a muerte de la cultura indígena, desde luego, por su propio bien y por el bien de la nación, se implementó de muchas formas, entre otras con la supuesta educación bilingüe, que sólo fue una vía de acceso para castellanizar; con los albergues para niños indígenas que eran separados de sus familias para escolarizarlos; con proyectos productivos muchas veces ajenos a los intereses de las comunidades, en fin, con una visión occidental, a la mexicana, que día a día minaba los valores, el pensamiento y las prácticas ancestrales de los pueblos indios. Esta política fue duramente criticada por los autores que he mencionado y poco después por lo que se dio en llamar la nueva antropología, de orientación marxista, que le auguraba a los indios otro futuro, quizá más justo e igualitario, pero que también exigía de ellos que dejaran de ser quienes eran para sumarse a las fuerzas de un proletariado que construiría una sociedad socialista. Vanas ilusio-

nes se tejieron entonces en torno a un proletariado que no fue capaz, siquiera, de sacarse de encima a un vejete autoritario como Fidel Velázquez.

Una modalidad muy importante en la oposición al indigenismo oficial fue la rebelión zapatista, que en un principio, según hicieron saber sus dirigentes en la Primera Declaración de la Selva Lacandona, aspiraba a la toma armada del poder y a la construcción del socialismo en México. La originalidad de la propuesta residía, entre otras cosas, en que ya no se le pedía al indio que se desvaneciera en el panorama nacional y reapareciera como un mexicano más, sino en que, siendo un mexicano más, permaneciera como indio con las particularidades culturales a las que tiene pleno derecho, como individuo y como ser colectivo. Esta propuesta no apareció, sin embargo, en el plan de gobierno que en un principio plantearon los zapatistas rebeldes, en el que no tenían un apartado para la cuestión indígena; la propuesta se fue perfilando posteriormente, hasta llegar a convertirse en el centro de sus demandas, cuyo cumplimiento, bajo la forma de los Acuerdos de San Andrés, hoy reclamamos muchos mexicanos. Es en el umbral de esta discusión imprescindible donde nos deja el libro de Maru y Jorge, y me gustaría aprovechar esta oportunidad para dar un paso y adentrarme con algunos comentarios.

Uno de los núcleos de discusión al que nos conduce la lectura del libro tiene que ver con la tensa relación de polaridad que mantienen entre sí, por un lado la multiculturalidad y por el otro el pluralismo. Digo pluralismo, no pluralidad, pluralismo en el sentido en que lo entiende Giovanni Sartori, es decir, como una política sustentada en los principios de la tolerancia, las relaciones de reciprocidad y la procuración del entendimiento y la concordia intercultural.

Pongámonos de acuerdo en el sentido de los términos: multicultural y multiculturalismo no son la misma cosa: el primero se refiere, simplemente, al reconocimiento de una realidad en la que existe una diversidad cultural, mientras

que el segundo nos remite a una ideología y una práctica frente a esa realidad.

El multiculturalismo, en tanto que ideología, plantea, en nombre del respeto a la diferencia, la separación de las partes y, en consecuencia, tiende a la disgregación. El pluralismo, en cambio, procura la unidad en la diversidad, regida por los principios que he mencionado.

Cuando el movimiento zapatista exigió el reconocimiento de los acuerdos de San Andrés y su inclusión en la Constitución de la República, haciendo acto de presencia en el Congreso de la Unión en aquella célebre marcha de las montañas de Chiapas a la ciudad de México, todo parecía indicar que al fin se promulgaría una ley indígena justa y democrática. Todo apuntaba a que a partir de ese momento el país podría comenzar a encausarse por la ruta del pluralismo, pero no fue así. No estuvieron a la altura de las circunstancias los representantes populares de la izquierda y el concepto de autonomía causó tal temor que se habló de la balcanización de México y de que la soberanía nacional corría peligro ante la actitud separatista de los pueblos indios. No se entendió, o no se quiso entender en sus términos justos, la demanda de autonomía, y la comandancia zapatista, me parece, en un acto de impaciencia, cometió el error de retirarse a la selva con las manos vacías. En cambio, se propuso y se promulgó una ley indígena anodina, elaborada por Fernández de Ceballos y Manuel Bartlett, quien, por cierto, le debe una explicación a la izquierda sobre este asunto. Y sería, sin duda, muy interesante escucharlo, pues es uno de los representantes más lúcidos del liberalismo mexicano en su versión nacionalista revolucionaria.

En fin, termino diciendo que el libro de Maru Sánchez y Jorge Gómez

Izquierdo es un audaz y ágil análisis de la identidad nacional, que desenmascara sus mitos y artilugios y pone sobre la mesa, bajo viejos presupuestos y nuevas observaciones, el gran tema de los pueblos indígenas, que son muchos y muy diversos y necesitan ser examinados en su singularidad.

Los grandes cambios en lo que McLuhan llamó la aldea global han provocado, quizá, un extravío identitario en grandes sectores de la población, que están a medio camino entre una cultura campesina, que han abandonado porque el Estado se desinteresó irresponsablemente de la producción agrícola desde hace al menos tres décadas, y una vida urbana que los excluye y discrimina, tanto en las ciudades de México como en Estados Unidos.

Dicen los autores:

Estamos frente a una ruptura o desarticulación de las mediaciones institucionales y simbólicas del pasado. Frente a un proceso de reordenamiento de diferencias y desigualdades y frente a un resquebrajamiento de los protocolos de interculturalidad que, aunque frágiles, lograban cierta cohesión social.

Hay una meta que a medida que transcurre el tiempo a mí me parece cada vez más lejana, y es la de garantizar que la diversidad cultural de los pueblos indígenas pueda expresarse con plena libertad además de atender con justicia sus demandas. Sólo en una sociedad que se plantee una civilizada convivencia en la diversidad y esté dispuesta a transformarse para lograrlo, se podrá, al fin, vivir en un ambiente de concordia y equidad intercultural.